

Viene de la página 12.

La piedra y el lagarto

legios estamentales definidos. El escenario de las organizaciones ajenas al Estado comprende al conjunto de los espacios sociales ocupados por movimientos y agrupamientos sociales con una expresión organizada; sus actores son grupos de intereses, gremios diversos, agrupamientos de base sectorial o espacial.

En cuanto a las reglas de juego de la lucha por el control del aparato estatal en un sistema de convivencia democrática, merecen destacarse las cinco que a continuación se presentan sucintamente.

La primera regla es la que veda el uso de la violencia física o, en otras palabras, la que determina que el empleo de la fuerza física esté monopolizada por el Gobierno quien sólo puede emplearla en el marco de estipulaciones precisas de normas jurídicas.

La segunda regla es que remite la dilucidación de las discrepancias a la aplicación de la norma "juego-de-mayoría-minoría", con la garantía de permisividad para la formación de las mayorías y de reconocimiento para que la minoría exista y evolucione.

La tercera regla es la que asegura la libre circulación de la información disponible entre todos los contendores y libre reclutamiento de apoyos en una irrestricta circulación de mensajes.

La cuarta regla es la que permite una amplia gama de opciones organizativas para los contendores, junto con un amplio abanico de posibilidades para concertar alianzas.

La quinta regla es la de que todos los participantes en la confrontación tienen que asumir el sistema de valores predominante en la sociedad, por lo menos de modo general. Desde luego que se pueden proponer valores innovadores para ser incorporados al sistema de valores generalmente admitido, pero esa propuesta innovadora condiciona la eficacia del grupo proponente por lo menos de dos maneras: (a) como se trata de una lucha por el aparato del Estado existente, la propuesta innovativa puede desviar energías en una dirección poco operativa o ser percibida como poco "realista" por la población que debería apoyar la propuesta; (b) cuando un grupo desea implantar nuevos valores corre el riesgo de ser marginado de la lucha por los demás contendores.

En este panorama general es posible comprender, por lo menos intuitivamente, que cualquier propuesta sobre la "reforma" del Estado para terminar siendo exitosa tiene que remover de manera inquietante las características, los escenarios, los actores y hasta las reglas de juego de la lucha por el control del Estado. Por otra parte, cuando los diversos contendores en pugna (o por lo menos algunos de ellos) han conformado su propia identidad personal y grupal en razón de su papel en el mapa de la lucha, una modificación a ese mapa puede percibirse —y muchas veces efectivamente lo es— como un atentado contra su identidad y aun contra su existencia.

Lo anterior podría explicar el por qué de las desesperadas resistencias de muchos sectores —con independencia de su ideología y de su discurso más o menos felizmente verbalizado— a admitir programas de "reforma" o de "modernización" del Estado. Este aspecto de la cuestión merece ser desarrollado en una nota próxima. Tal vez haya más de un lagarto abajo de la piedra.

①

Crisis de la juventud uruguaya

La participación política de una juventud desarraigada

por Laszlo Gustavo Erdelyi

Lo que está pasando y lo que va a pasar con la juventud uruguaya es uno de los problemas más apremiantes que vive nuestro país; se hace imperioso encarar la discusión, abierta y descarnada, sobre su futuro. La participación política y la inserción de los jóvenes en la estructura de los partidos están ligadas al planteo.

"¿Por qué tanta ironía, Leverkühn? ¿No encuentras bien que se reconozcan los derechos de la juventud en la sociedad, la dignidad particular del período de la vida en que el hombre se forma?"

Thomas Mann, Doktor Faustus

Yo también soy una persona joven. He sufrido en carne propia la emigración de innumerables amigos, a quienes me encontraba unido por diversos vínculos sentimentales, a quienes quizá también nunca vuelva a ver.



El planteo no es nuevo ni pertenece a una generación específica; se arrastra desde fines de la década del '60, cuando los primeros jóvenes salieron a buscar fuera de fronteras lo que no encontraron en su propio país. Hoy continúa ese desarraigo profundo, faltan elementos para fortalecer nuestra identidad como jóvenes pertenecientes a una nación, a un proyecto de país, a una sociedad que brinde caminos para el desarrollo de las potencialidades individuales.

Tenemos en forma permanente la sensación de vivir en una sociedad bloqueada, que exige un precio muy alto a aquellos jóvenes que piden a gritos una integración no tan traumática, impidiendo el desarrollo auténtico e innovador de las nuevas generaciones. Seamos crudos: nuestra comunidad, más que integrar al joven, lo expulsa.

Participando en política

Son múltiples los factores a aclarar: la delincuencia juvenil, la drogadicción, el desempleo juvenil, etc. Tan dramático como estos planteos es el tema de la integración del joven en las estructuras políticas de partido, y sus posibilidades de incidir como generación en el entramado de poder que regula a nuestra democracia representativa.

Mucho se ha hablado de la rigidez de los partidos políticos latinoamericanos, de la poca capacidad de absorción de generaciones jóvenes, la falta de campo de acción continuo en el que puedan participar, formarse como cuadros, y vincularse en forma más orgánica.

En Colombia, por ejemplo, los partidos políticos tradicionales no han formulado programas estables y duraderos para la juventud, a pesar de que declaran la importancia de dicho estrato de población, especialmente en época de elección. Algunos partidos de izquierda les han diseñado programas, aunque dichos programas no vayan más allá, tam-

bién, de meras urgencias proselitistas. La forma de organización de los partidos políticos colombianos hace que sus tiendas se armen de manera ampliada sólo en épocas electorales; los jóvenes no ven clara su inserción fuera de su papel temporal de agitadores.

Estos vicios no son ajenos a los partidos tradicionales uruguayos, aunque esta observación no nos llevará a caer en el error simplista de Juan Pablo Terra, al marcar al Frente Amplio como la opción por excelencia para nuestros jóvenes desde su libro "La juventud uruguaya". Nuestros sectores de izquierda, siguiendo el modelo de los partidos de gobierno único en los países comunistas, han creado organizaciones juveniles que acaparan adeptos en forma numerosa, sin darles una verdadera participación en la estructura de poder. Sometidos a un bombardeo sistémico en base a rígidas doctrinas, tienen pocas oportunidades de generar elementos creativos; y si ello sucediera, el abroquelamiento burocrático interno se encargará de disolver la iniciativa. Son estructuras de amansamiento, no permitiendo el desarrollo del potencial juvenil en forma abierta y espontánea.

El elemento más significativo, no obstante, se da en la renovación de la dirigencia política, la posibilidad de que dirigentes jóvenes alcancen cargos de poder real en las estructuras partidarias o estatales.

Ello será posible en la medida que la comunicación intrapartidaria entre las diversas generaciones sea fluida, sin brechas ni prejuicios. Un fenómeno que habla a las claras de que esto aún no se ha logrado en nuestros partidos tradicionales es la función —mejor dicho, la disfunción— que cumplen las organizaciones juveniles o grupos de jóvenes: quienes allí se encuentran tienen la sensación de haber sido "depositados" hasta nuevo aviso, "etiquetados" con el mote de inexpertos —cuando la falta de experiencia debería ser tomada como virtud—, e ignorados por la vieja guardia sin poder incidir eficaz y creativamente en el destino de su nación.

"El joven como cliente"

Hay un deslinde, un distanciamiento de las estructuras tradicionales por parte de las generaciones jóvenes, escapando de todo aquello que quiera hacer del joven un "cliente", un adepto pasivo a ser reclutado, un número a contar con él pero sin tomar en serio.

En este sentido, la supeditación a una disciplina monolítica de partido, por ejemplo, disgusta a los jóvenes, no merece su adhesión a ciegas casi nunca, y siempre tropieza con suspicacias. La vieja imagen del club político tradicional —del "clú", como se le ha llamado— tiene ya un desprestigio irremediable: originalmente creados para agilizar el vínculo entre el ciudadano y la di-

rigencia política, se ha ido transformando lentamente en una barrera a los problemas, por ejemplo, de índole barrial; sólo se abre a la participación con meros fines electoralistas.

El club político puede ser, en los complejos rodajes del dirigismo en el Estado contemporáneo, un mal inevitable de la intermediación entre ciudadano e instituciones. Aldo Solari se aplicó a demostrarlo lúcida y una vez, en un artículo publicado en la Gaceta de la Universidad, bajo el título "Requiem por la izquierda".

Pero, aunque el club se a inevitable, no es un receptáculo que atraiga al joven; prefiere desertar de él y poner distancias.

Buscando un modelo

Debemos encontrar un mecanismo que integre a los jóvenes en forma madura, y no pasatista, circunstancial, a la vida política. El modelo frenteamplista de principios de los '70 que arrastró a grandes masas juveniles a la participación política, no tardó en desnudar su filosofía clientelista, apoyándose en dichas masas como forma de fortalecer estructuras de poder esclerosadas, sin aportar ninguna solución a la dramática situación de los jóvenes uruguayos.

Quizá el secreto forme parte del "despegue" definitivo de nuestra comunidad hacia el pleno desarrollo: permitir a la creatividad de un número cada vez mayor de individuos abrirse un camino hacia el Estado —el leviatán de nuestro siglo— y hallar un punto de inserción en el proceso general de dirección, de control, de modificación.

Allí es donde entran los jóvenes. Sin prejuicios respecto a la inmadurez y la inexperiencia, deben tener su lugar entre los creativos del nuevo Uruguay. Hay que dejar de lado las organizaciones juveniles intrapartidarias, con todos los defectos de aislamiento y segregación que ellos acarrearán, para insertar un joven en cada equipo de asesores, junto a cada Ministro, a cada Senador, a cada Diputado, en cada entramado de las estructuras jerárquico-partidarias para ir aprendiendo —in situ— junto a los más experimentados y más sabios; en resumen, poder estar en el centro del cambio, en las estructuras que administran las transformaciones en la sociedad, y no en la periferia, siendo objeto de políticas a las que nunca se las sentirá como "propias".

Los jóvenes del Uruguay queremos un modelo de país diferente, nuevo y mejor; buscamos una nación en la cual tenemos más ganas de vivir que en la ya conocida. Y el éxito de dicha empresa depende tanto de nosotros como de la sociedad en su conjunto.

②